
Thelma y Louise: el prestigio de las mujeres*

Nelly Schnaith

En el silencio entregado de la sala bullía una chispa de entusiasmo —se proyectaba *Thelma y Louise*— que estalló en un aplauso del nutrido público femenino cuando Thelma asalta el supermercado. ¿Qué aplaudían esas mujeres?

Creo que es una pregunta pertinente: aquel aplauso espontáneo no podía corresponder, después de un siglo de ver asaltos filmados, al contenido explícito de la escena. Es probable que el éxito manifiesto de la película haya influido en cierta predisposición exaltada de las espectadoras. Pero queda el hecho de que una descarga emocional o aprobatoria de este tipo es poco frecuente en el inicio de una década cuyo arranque está marcado por sismos históricos y reversiones ideológicas que conspiran contra cualquier firmeza de convicción, eso que antes solía encontrar arraigo en los distintos credos revolucionarios, incluido el de los radicalismos feministas.

Se diría que el aplauso, más allá de toda doctrina reivindicatoria, de toda admiración por las heroínas —Thelma y Louise son mujeres del montón— se alza desde la antigüedad de una espera que ha durado y madurado a lo largo de muchos siglos: la de la mujer para sentirse autorizada o capaz de “entrar en acción” ante la demanda de las circunstancias. La acción de las mujeres ha sido y todavía lo es en buena medida, pura re-acción, pasiva en el fondo, derivada de las actitudes del varón cuyo poder de decidir e intervenir en el curso de los hechos, propios y públicos, es el que recibió legitimidad cultural. Las mujeres hemos actuado por venganza, por amor, por resentimiento, por espíritu de sacrificio, por dedicación... raras veces por nosotras mismas. Y eso es justamente lo que va determinando más y más, al paso de las peripecias, las accio-

* Este texto apareció en *El Observador*, 2 de febrero de 1992, Madrid

nes emprendidas por las dos heroínas de la película. Es cierto que la agresión masculina es la que desencadena y pauta los hechos pero, a medida que el relato crece y se afianza, para las mismas protagonistas, el sentido de su experiencia, lo que trae a cuento esa aventura que avanza sin hesitar hasta su límite definitivo y definitorio no es el derecho a una mera reacción de autodefensa sino la plenitud de un acto de autoafirmación que, tras la cadena de delitos, no puede ser otro que la libre decisión de morir. Thelma y Louise mueren porque no quieren entregarse y bajar la cabeza, porque deciden mantener en alto el prestigio de su gesto y arrancar así al perseguidor —la sociedad misma— un reconocimiento.

Hablo a propósito, para entender esa muerte cinematográfica, de prestigio y reconocimiento, dos conceptos célebres de un filósofo en desgracia —Hegel— que explican, sin embargo, mejor que otros, la hermosa parábola que cierra la historia de Thelma y Louise: el vuelo del auto lanzado sobre el abismo es también soporte simbólico de otros vuelos, una metáfora consagrada de la libertad. Por la libertad bien vale la pena arriesgar la vida, es el modo de sentirse humano por encima de la propia e irreductible raíz animal: esto es, desde tiempos inmemoriales, un lugar común en cuanto se refiere a la parte masculina de la humanidad: los que se aventuran a morir de pie son los que han dejado atrás el andar en cuatro patas. Son los que ponen su prestigio en alto y arrancan al otro —amigo o enemigo— el reconocimiento que los autoafirma como personas. Pero ni siquiera a Hegel, que nos legó la teorización ejemplar de tales temas, se le hubiera ocurrido que esa parábola podía aplicarse también a las mujeres, que en las mujeres también anida el impulso a luchar por su reconocimiento y morir —aunque sea en el cine— por su prestigio.

Lo que va de ayer a hoy es que los hombres lúcidos, ahora, empiezan a imaginar cuentos como el de *Thelma y Louise*. Una virtud suplementaria, en el caso de Ridley Scott, es que no idealiza. Las dos mujeres, víctimas corrientes y de recibo, recién sienten nacer ese sentimiento ante el desarrollo de una situación extrema. Se hace que el reclamo de prestigio emerja del suelo delictivo de lo social donde cae, justamente, el estigma convencional del desprestigio. Quiero leer en todo ello una crítica solapada del falso prestigio en cuya trampa caen muchas féminas dispuestas, en pos de su liberación, a adoptar los valores vigentes sin necesidad de cambiarlos.

Pero, por menos que sea, las cosas cambian. A pesar de la voluntad de los que deciden, de las tergiversaciones de los que ejecutan, de las falencias de los que predicán, de la mala fe de los que prometen, de las

confusiones de los que practican. Los progresos se abren un paso estrecho a través de los desmentidos irónicos de la historia: casi nunca resultan ser los que esperábamos. De todos modos, hay que aplaudirlos, incluso cuando nos llegan de la mano de dos salteadoras insignificantes y ocasionales decididas a jugarse la piel por su integridad de personas.